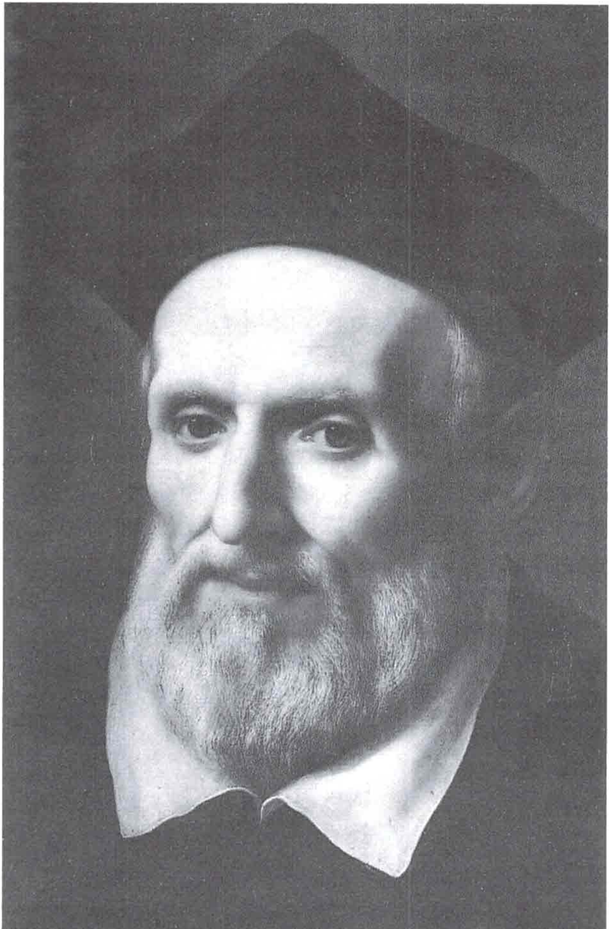
# SAN FELIPE NERI

# DOCTRINA ESPIRITUAL

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7693-277-4
Depósito Legal: B. 18530-94
Printed in Spain
Impreso en España



# ASCÉTICA DE SAN FELIPE NERI

## Máximas, afectos y enseñanzas del Fundador de la Congregación del Oratorio

## Traducción española de la recopilación que hizo un padre del Oratorio de Venecia

## PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

La Congregación de San Felipe Neri de los Siervos de los pobres enfermos, que ejerce su actividad caritativa en Madrid desde hace más de trescientos años, se complace en ofrecer a sus miembros así como a los de otras instituciones de caridad similares, también bajo el patrocinio filipense, como la Hermandad de San Felipe Neri del Hospital de Nuestra Señora de Gracia (Hermandad de la Sopa) de Zaragoza, esta joya anónima de la espiritualidad filipense, publicada por primera vez en Venecia en la segunda mitad del siglo XVIII.

Naturalmente pensamos también en la «Congregación del Oratorio» que tan gloriosos servicios ha prestado a la Iglesia desde hace más de cuatro siglos y en las Hermanas de la familia filipense que trabajan en el campo de la enseñanza y otros.

Todos los hijos de San Felipe Neri conocemos la vida del Santo, sus máximas, sus ense-

ñanzas, su espíritu en una palabra, y nos esforzamos por aplicar su doctrina a nuestra propia vida de cristianos en las postrimerías del siglo XX. Pero sería difícil encontrar un tan maravilloso compendio de espiritualidad filipense en donde se conjugan armónicamente la sencillez, la brevedad, la orientación práctica de la doctrina, la gracia de las anécdotas y la integridad de las enseñanzas del Santo, transmitidas casi siempre oralmente por sus hijos espirituales.

También es nuestro propósito dar a conocer a los de fuera los trazos actualísimos de esta «ascética», que se diría de una sorprendente actualidad, como enseñanzas que son de un Santo que se adelantó en siglos a las instituciones del cristianismo del siglo XX troqueladas en los textos del Concilio Vaticano II. San Felipe es un santo a quien podríamos muy bien calificar de «pentecostal» por la importancia que en él cobran los carismas del Espíritu así como por su devoción a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Fue «actual» su empeño en impulsar el laicado en la Iglesia, en los coloquios familiares del Oratorio, desaconsejando generalmente el cambio de estado, antes bien animando a sus contemporáneos, sorprendidos por la novedad

del enfoque, a hacerse santos en la corte, en sus oficinas y empleos. Fue enemigo de atarse con votos y compromisos fuera del vínculo de la caridad. En este aspecto apreciaba más la libertad en el servicio divino que las ataduras de los votos. Como él decía la puerta siempre está abierta para los que desearan irse de su comunidad fraternal confiando en que nunca faltaría entre los suyos el amor divino.

Nuestro Santo recuerda a San Francisco en su amor por la Naturaleza y por los animales, pero ya despojado de los trazos medievales del «poverello». Es un rasgo de su carácter, también muy actual, su interés y afecto por perros, gatos y pájaros, humildes animalitos que correspondían con su natural apego por el santo, sorprendente a veces como el de «Capriccio», perrillo que abandonó reiteradamente las delicias de una casa cardenalicia para compartir con San Felipe sus pobres viandas ante la contrariedad del Cardenal.

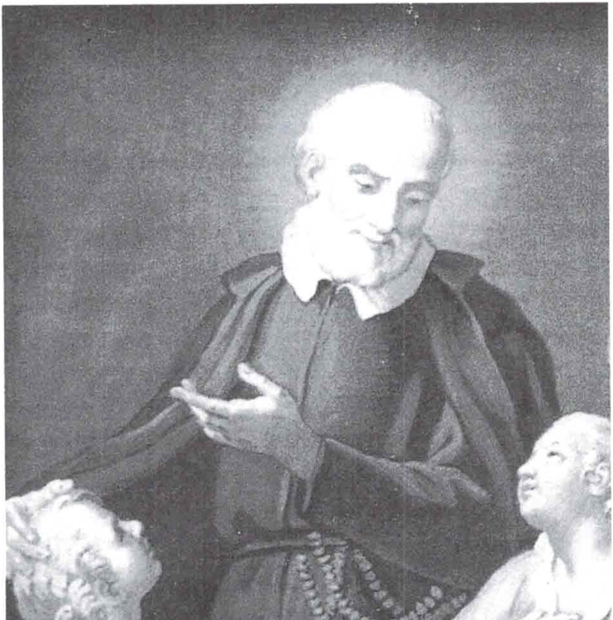
Sin duda que para la generalidad de los lectores este librillo constituirá una «novedad» sorprendente por lo que se acaba de decir y por el eclipse actual, por lo menos en España, de esta gran figura, antaño tan venerada. San Felipe tiene que brillar con luz propia en el firmamento de la Iglesia de las

postrimerías del segundo milenio, como lo hizo en una gloriosa tradición de cuatro siglos despertando elogios tan encendidos como los que salieron de la pluma del Cardenal Newman o del Padre Faber, por no citar más que a figuras señeras de los tiempos modernos*.

Que el alegre, simpático, humano, colosal Santo y taumaturgo carismático del siglo XVI, nos ayude en nuestro caminar hacia Dios de manera que como rezamos todos los Domingos los «hermanos de San Felipe»: «imitemos tus ejemplos y virtudes y no nos apartemos de tus enseñanzas».

**Congregación de San Felipe Neri**
**Antonio Arias, 17 - MADRID**

* Queremos también contribuir a los actos conmemorativos del año jubilar, en el Cuarto Centenario de la muerte de S. Felipe, a celebrar el próximo año 1995, con esta nueva edición supervisada por el P. Pedro Fernández de la Cuesta, del Oratorio de Sevilla. (N. del Editor. Enero de 1994.)



*SAN FELIPE NERI*
*(de G. Rani)*
*Baptisterio Constantiano de S. Juan de Letrán*

## NOTICIA BIOGRÁFICA

Felipe Neri, llamado el Apóstol y Oráculo de Roma, destacó como un gigante entre los santos que florecieron en Roma en el siglo XVI. Nacido en Florencia en 1515, llega a la Ciudad Eterna a los 19 años después de haber renunciado a una seductora perspectiva de riquezas y comodidades.

Permaneció laico hasta los 36 años participando y contribuyendo a muchas iniciativas de Apostolado Seglar. Mientras tanto se ganaba la vida dando lecciones particulares y frecuentando al mismo tiempo la Universidad para completar su formación humanística y apostólica.

Fue, como San Francisco de Asís, amante de la naturaleza y comunicaba casi sin querer a cuantos se le acercaban una alegría sana y espiritual. Enemigo de la ostentación y de las poses se hacía presente allí donde pudiera hacer algún bien haciendo gala de su chispeante ingenio y de su sentido del humor.

Amaba a los jóvenes a quienes quería bondadosos y alegres. Los educaba en una vida cristiana llena de alegría, infundiéndoles una gran

devoción a la Virgen Santísima. Para ellos fundó la primera escuela organizada y también un colegio para los alumnos más capacitados que carecieran de recursos. Les repetía «sed buenos si podéis» y les infundía ánimos «haciéndose niño con los niños».

Asistía y visitaba a los enfermos de los hospitales romanos y fundó para los convalecientes una casa de reposo.

Para los numerosos peregrinos que en todo tiempo Roma acogía, fundó una confraternidad con una gran casa de acogida dedicada a la Santísima Trinidad. Fundó el Instituto de Santa María de la Piedad para acoger a los enfermos mentales que en aquella época vagaban por las calles abandonados de todos, iniciativa innovadora por aquel entonces.

Confraternizaba con las colonias de extranjeros residentes en Roma fomentando la cohesión de las respectivas comunidades nacionales.

También su caridad se volcaba con las distintas comunidades religiosas romanas en favor de las cuales se constituyó en «pescador» de vocaciones. Graciosamente decía San Ignacio de Loyola que recibió a muchos novicios en su naciente Compañía de Jesús enviados por nues-

tro Santo, que Felipe Neri era como las campanas que convocaban a la gente para entrar en la Iglesia pero él mismo no entraba. Sabía distraer a la juventud apartándola de los carnavales y organizando ingeniosas formas de sana recreación como la famosa visita a las siete Iglesias.

Tenía especial interés por los artistas y eruditos induciéndoles a poner su genio al servicio de Dios. Hizo así que surgieran los oratorios musicales, los Anales Eclesiásticos y el interés por la Arqueología Sagrada.

Pensando en el ocio de los innumerables cortesanos de la Roma de entonces, instituyó sesiones vespertinas de piedad que llamaron «Ejercicios del Oratorio».

Se mostraba incansable en largas horas de confesionario para reconciliar a las almas con Cristo y recomendaba a sus hijos espirituales la práctica de la confesión frecuente como medio estupendo para adelantar en la perfección.

Cada día celebraba la Santa Misa con tal ardor de espíritu que no raramente los presentes pudieron contemplar prodigios sobrenaturales.

Era amigo de todos, gente del pueblo y aristócratas, seglares y eclesiásticos, buenos y malos, a todos los ayudaba a volverse mejores.

Los santos que vivían por entonces en Roma

lo veneraban como a Padre, los mismos Papas le besaban la mano y le ofrecían dignidades que resueltamente siempre rehusaba.

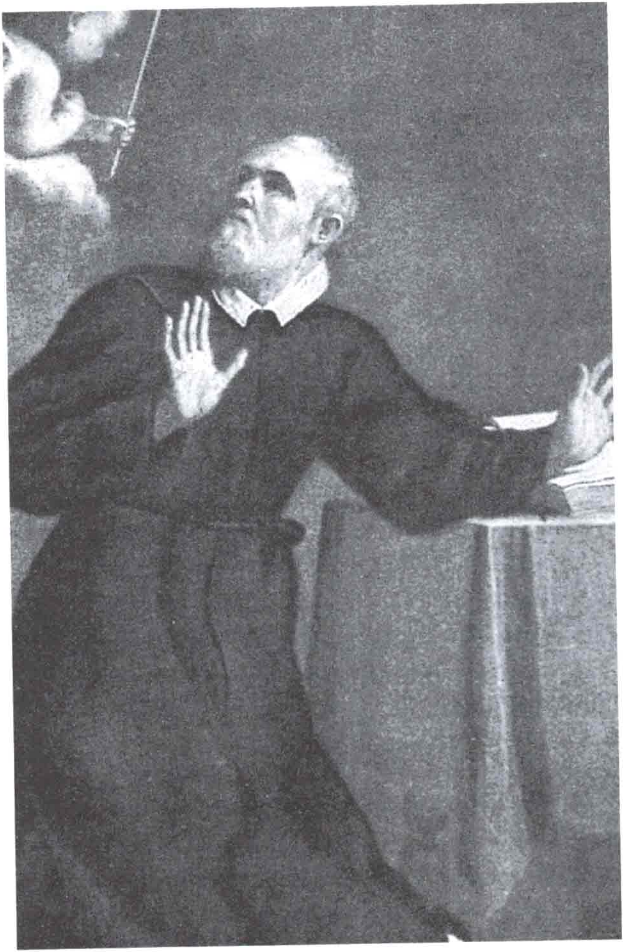
Son numerosos los milagros atribuidos a sus oraciones cuando estaba aún vivo y a su intercesión una vez muerto.

Para asegurar la permanencia de su apostolado fundó la Congregación del Oratorio, activa en nuestros días en Italia y en otros muchos países. Constituyó el primer ejemplo de vida en común del clero secular.

El secreto de toda esta prodigiosa actividad hay que buscarlo en la gracia recibida en las catacumbas de San Sebastián frecuentadas por él en su juventud, para aprender la regla de vida perfecta de los mártires y primeros cristianos allí enterrados. Fue allí cuando en la víspera de Pentecostés del 1544 recibió del Espíritu Santo la prueba sensible de que la ardiente caridad de Dios estaba con él: vio un globo de fuego que penetró en su corazón dilatándole el pecho. Por aquí vemos qué bien le cuadra a este santo el calificativo de «pentecostal».

Murió serenamente al tiempo que impetraba la bendición de Dios sobre sus discípulos y continuadores de su obra en la madrugada del 26 de mayo de 1595, a los ochenta de su edad.

S.Philipus Nerius Florentinus Congregationis O
torii Fundator



## CAPÍTULO I

# AMOR DE DIOS, CONFIANZA EN EL DESEO DE PERFECCIÓN

### 1. Amor de Dios y sus señales

Deseaba el Santo que en cada cual se encendiese la llama del divino Amor. Escribiendo a su sobrina, monja, en Florencia, así se expresa:

«Dios os dé gracia que os concentréis tanto en su divino amor, y que entréis tan adentro por la llaga del costado en la fuente viva de la sabiduría de Dios encarnado, que os aneguéis vos misma y el amor propio, y no encontréis jamás el camino por donde salir fuera; y allí dentro acordaos de mí, y rogad por mí, infeliz y miserable pecador».

¿Cómo es posible —es frase del Santo—, que un hombre que cree en Dios pueda amar otra

cosa que a Dios? Y dirigiéndose a su crucificado Señor, amorosamente se quejaba: «Señor, siendo Vos tan amable y habiéndonos dado el precepto de amaros, ¿por qué nos habéis dado sólo un corazón y éste tan pequeño?».

Y de sus labios frecuentemente se deslizaban **algunas máximas** como las siguientes:

*El alma que se da por entero a Dios es toda de Dios.*

*El amor que se da a los padres y a la sangre, a los estudios o a sí propio se quita a Dios.* Por esta razón siempre repetía la sentencia: *Cuanto amor se pone en las criaturas, tanto se quita a Dios.*

*Quien quiere algo distinto a Cristo, no sabe lo que quiere. Quien pide otra cosa que Cristo no sabe lo que pide. Quien obra, pero no por Cristo, no sabe lo que hace.*

*Al que de veras ama a Dios no le puede ocurrir cosa que más le desagrade que no tener ocasión de padecer por Él.*

*La grandeza del amor de Dios se conoce por el deseo que el hombre tiene de padecer por su amor.*

*Para alcanzar el amor de Dios no existe camino más corto y seguro como desprenderse del amor de las cosas del mundo, aun de las peque-*

*ñas y de poca importancia, y del amor a sí mismo, prefiriendo que se cumpla en nosotros el querer y servicio de Dios más que nuestra satisfacción y deseo.*

Como el Santo estaba tan lleno del amor de Dios, con frecuencia repetía: *Para el que ama de veras al Señor no hay cosa más pesada ni más molesta que la vida;* añadiendo a menudo aquellas palabras: *Lo verdaderos siervos de Dios llevan la vida en paciencia y la muerte en deseo.*

Otras veces decía que un alma verdaderamente enamorada de Dios llega a tanto, que le es forzoso exclamar: *«Señor, dejadme descansar»;* y como él había sido herido por el divino amor declamaba, cantando, estos versos:

*Vorrei saper da Voi, com' ella è fatta*
*Questa rete d'amor, che tanti ha preso (1)*

El hombre que ama a Dios con verdadero amor y le estima sobre todas las cosas siente a veces, en la oración, un desbordamiento de lágrimas y una abundancia de gracias y de afectos espirituales, que se ve forzado a decir: ¡Dejadme, Señor!

1. Quisiera que me mostrárais cómo está hecha esta red de amor que a tantos ha prendido.

El fuego del divino amor que ardía en el corazón del Santo le hacía, en muchas ocasiones, prorrumpir en expresiones vehementes, para estimular también a los demás a este santo amor. Por esto a unos les decía: *El fuego de san Antonio te consuma,* entendiendo que ardiese en el fuego del divino amor como san Antonio. A otros decía: *¡Ojalá te mataran!,* esto es, por la fe mediante el martirio; y en cierta ocasión hallándose en la antecámara del papa Gregorio XIV, dijo lo propio respecto de la persona del Papa.

A este propósito, chistoso fue lo que un día el Santo dijo al P. Julio Savioli, uno de sus primeros compañeros. Sabiendo la repugnancia que Julio tenía por los honores: *¡Anda, Julio,* le dijo, *ojalá te pueda ver cardenal!* Con estas palabras no podía aquietarse el buen siervo de Dios ni sabía comprender cómo el padre le deseaba aquella dignidad, diciendo que prefería aceptar otro cualquier grande trabajo; sólo se consoló cuando san Felipe añadió: *¿Qué cosa te parece he querido decir? ¿Sabes tú lo que quiere decir verte cardenal? Quiere decir verte decapitado por amor de Cristo; verte por entero magullado y herido; verte de pies a cabeza bañado en sangre y, de este modo, por amor de Cristo, llevar el vestido encarnado.* Tranquilizóse el P. Julio: *Oh,*

*esto sí,* dijo, *Padre mío, más que gozoso estoy contento; sí, Padre, sí.*

Enseñó el Santo a María de la Volta, a la madre de ésta y a otros que, por devoción al Espíritu Santo, desde el Sábado santo hasta la Pascua de Pentecostés rezaran con devoción cada día cuarenta y nueve veces el *Padrenuestro* y el *Avemaría*, pues es práctica muy excelente para alcanzar gracias de Dios.

## 2. Presencia de Dios y confianza en Él

Sin cesar exhortaba a sus hijos espirituales que procurasen tener siempre a Dios ante sus ojos.

A este propósito el V. P. Mariano Sozzini, del Oratorio, solía repetir esta máxima de san Felipe: *Quien no sube a menudo al Cielo en vida con el pensamiento, peligra mucho de no ir a él después de su muerte.*

Decía el Santo, repetidas veces, a los suyos: *Echaos en los brazos de Dios y preguntadle si quiere algo de vosotros, Él os hará aptos para todo aquello en que os quiera emplear.*

Decía, también, que era preciso tener gran confianza en Dios, pues es Aquél que siempre ha sido; y que era necesario no perturbarse por cosa

que en contrario sobrevenga, añadiendo que Dios acostumbra, cuando quiere conceder alguna virtud, permitir que el hombre se vea trabajado por el vicio contrario; y por eso daba por remedio que cuando viniese alguna tentación se acordase la persona del gusto sentido otras veces en la oración, y así, fácilmente, vencería las tentaciones.

Después de la muerte del P. Nicolás Gigli (que por diecisiete años seguidos confesó a las monjas de Torre de' Specchi), quería el padre Felipe que lo substituyese en este cargo el P. Pompeyo Pateri, uno de sus primeros discípulos, por las repetidas instancias con que lo pedían aquellas religiosas, y excusándose Pateri, desconfiando de sus propias fuerzas, de no tener aptitud para aquella empresa, y tanto más que, por las fatigas debidas al servicio de los pobres en tiempo de carestía, se hallaba muy abatido de fuerzas, llamándole el Santo, le dijo: *Pompeyo, ten paciencia, que si Dios da la carga también da las fuerzas. Sé muy bien tu necesidad y te sobra razón. Yo quiero, por lo tanto, que para restablecerte vayas este verano a Ascoli, y mandaré entretanto en tu lugar, a confesar a las monjas, al P. Víctor;* y así lo hizo. Por este hecho se ve que el Santo quería que se fiasen de Dios,

y por otra parte cuán suave y dulce era en su gobierno.

Contaba el P. Pedro Consolino que san Felipe, a menudo, le decía: *Sabes, me fío de Dios;* y por eso añadía dicho P. Pedro que semejante oración jaculatoria: *Me fío de Dios, de la bondad de Dios,* era muy eficaz contra las tentaciones.

## 3. De las oraciones jaculatorias

Para conservar vivo el pensamiento de la divina presencia y excitar la confianza en Él, decía el Santo era costumbre antigua en los siervos de Dios, tener a mano algunas breves oracioncitas y dirigirlas con frecuencia al cielo durante el día, alzando la mente a Dios; y quien lo practicase sacaría de ello indecible fruto con poco trabajo.

A fin de que el hombre deje la oración, no con disgusto y tedio, sino con gusto y deseo de volver a ella, principalmente el que no puede prolongar la meditación, debe, a menudo, levantar la mente a Dios con algunas oraciones jaculatorias.

El P. Fernando Zazzera, uno de los más fervorosos discípulos de san Felipe, decía que éste alababa muchísimo las oraciones jaculatorias, y

en distintos tiempos del año se las enseñaba haciéndoselas repetir cada día, ora una, ora otra, de lo que sacaba grandísima ayuda.

## Algunas oraciones jaculatorias de las que se servía el Santo

Cor mundum crea in me, Deus, et spíritum rectum innova in viscéribus meis.

Deus, in adjutórium meum inténde: Dómine, ad adjuvándum me festina.

Doce me fácere voluntátem tuam.

Dómine, ne te abscóndas mihi.

Dómine, vim pátior, respónde pro me.

Ego sum via, véritas et vita: dixit Dóminus.

Fiat volúntas tua sicut in caelo et in terra.

Jesu, sis mihi Jesus.

Adauge mihi fidem, o bone Jesu.

Omnis vallis implébitur, et omnis mons et collis humiliábitur.

Verbum caro factum est (para librarse de la carne).

Ne nos indúcas in tentatiónem.

Ne reminiscaris, Dómine, inquitátum meárum (por vuestra santísima Pasión).

Quando te díligan filiáli amóre!

Sancta Trínitas unus Deus, miserére nobis.

Tui amóris in me ignem accénde.

Maria mater grátiae, mater misericórdiae, tu nos ab hoste prótege et mortis hora súscipe.

Assúmpta est María in caelum, gáudent Angeli.

*Como Tú sabes y quieres, así haz en mí, ¡Oh Señor!*, y decía ser ésta la mejor oración que se podía hacer.

*Aun no te conozco, Jesús mío, porque no te busco.*

*¿Qué haré si no me ayudas, Jesús mío?*

*¿Qué podré hacer, Jesús mío, para complacerte?*

*¿Qué puedo hacer, Jesús mío, para cumplir tu voluntad?*

*Dadme gracia, Jesús mío, que no os tenga que servir por temor, sino por amor.*

*Jesús mío, quisiera amarte.*

*Desconfío de mí mismo, y confío en Ti, Jesús mío.*

*No puedo hacer ningún bien si no me ayudas, Jesús mío.*

*No quiero hacer otra cosa sino tu santísima voluntad, Jesús mío.*

*No te he jamás amado,y sin embargo, quisiera amarte, ¡oh Jesús mío!*

*Nunca te amaré si Tú no me ayudas, Jesús mío.*

*Te quisiera amar, Jesús mío, y no encuentro el camino.*

*Te busco y no te encuentro, Jesús mío.*

*Si te conociese, Jesús mío, también me conocería a mí mismo.*

*Si yo obrase todo el bien del mundo, ¿qué hubiera hecho, Jesús mío?*

*Si Tú no me ayudas, caeré Jesús mío.*

*Si me queréis, Jesús mío, libradme de todos los estorbos que encuentre.*

*Señor, quisiera aprender el camino que conduce al Cielo.*

*No sé qué hacer ni qué decir si Vos no me ayudáis, Jesús mío.*

*Jesús mío, no te fíes de mí, porque jamás haré bien alguno.*

*Si Tú no me ayudas estoy en la miseria, Jesús mío.*

*Jesús mío, haced que no os ofenda.*

*Virgen bendita, dadme gracia para que me acuerde de vuestra virginidad.*

*Madre santa y bendita, alcanzadme la gracia de que me acuerde siempre de Vos.*

Además, enseñaba el Santo que se dijese, en lugar del Rosario, sesenta y tres veces: *Deus, in adjutórium meum inténde: Dómine, ad adjuvándum me festina,* o alguna otra de las sobredichas

oraciones, en la forma que se explicará al hablar de la devoción a N. Señora (Nº 9).

Era, también, muy familiar a san Felipe, según refería el P. Pedro Consolino, esta oración jaculatoria: *Lumen de lúmine, illúmina cor meum: Luz de luz, ilumina mi corazón.*

## 4. Conformidad con la voluntad de Dios

Decía el Santo que *cuando el alma se pone en manos de Dios y se contenta con el querer divino está en buenas manos y se halla muy segura de que le ayudará en bien.*

A las personas espirituales daba, también por consejo que *tan dispuestos debemos estar a sentir las dulzuras de las cosas de Dios como a padecer y permanecer en la aridez de espíritu y de devoción todo el tiempo que plazca a Dios, sin quejarnos jamás por cosa alguna.*

Alababa mucho el Santo esta conformidad con la divina voluntad, como puede deducirse de lo que escribió a una sobrina suya, monja, en San Pedro Mártir de Florencia, con ocasión de la muerte de su padre: *Como decís en vuestra carta que todo lo aceptáis de la mano de Dios, conformándoos y resignándoos por entero a su divino beneplácito, camino verdaderamente*

*imposible de conducirnos a error, y que por sí solo nos lleva a gustar y gozar aquella paz que desconocen los hombres sensuales y mundanos.*

A propósito de esto quiero citar lo que el Santo dijo al P. Antonio Gallonio. Padecía esta purísima alma una muy grande cruz que le duró por espacio de trece años. Consistía (como se supo por el cardenal Federico Borromeo) en un continuo, horrible y como fantástico temor de ofender a Dios que importunamente le torturaba, de tal suerte que, a media noche, levantándose del lecho todo aterrado, invocaba a Dios y se echaba al suelo, perseverando muchas horas en oración entre aquellos acerbos tormentos. Repetidas veces acudió a su santo P. Felipe para que le alcanzase, con sus oraciones, verse libre de tales angustias, pero el Santo nunca quiso acceder a ello, diciéndole: *Ten paciencia, Antonio, ello es voluntad de Dios, éste es tu Purgatorio.* Y por más que instase al santo Padre nunca pudo lograr de éste que rogase a Dios le librase de tribulación tan penosa.

Escribió el Santo a un penitente suyo: Cada uno quisiera estar en el monte Tabor para ver a Cristo transfigurado; subir a Jerusalén, acompañar a Cristo al Calvario, pocos lo querrían.

Para alcanzar esta conformidad enseñaba el

Santo aquella oración jaculatoria: *Como Tú sabes y quieres, así haz conmigo, ¡oh Señor!*, y decía que es la oración más perfecta que puede hacerse.

## 5. Deseo de perfección y medios de aprovechar

Exhortaba el Santo a desear hacer grandes cosas en servicio del Señor, a no contentarse con virtud mediocre, y a tener deseo (si posible fuese) de aventajar en santidad y en amor aun a san Pedro y a san Pablo; y esto, aunque al hombre no le sea dado conseguirlo, no obstante debemos desearlo para que hagamos, por lo menos, con el deseo lo que no podemos con las obras.

No es soberbia querer sobrepujar en santidad a un santo, sea cual fuere; pues el deseo de ser santo es deseo de querer amar y honrar a Dios sobre todas las cosas; y este deseo, si fuese posible, debería extenderse en infinito, porque Dios es digno de infinito honor, ya que es infinito en sus perfecciones.

No se debe pensar haber hecho algún bien ni contentarse nunca de cualquier grado de perfección a que uno le parezca haber llegado, pues Cristo nos ha dado el modelo poniendo delante de nuestros ojos la perfección del Padre Eterno, diciendo: *Sed, pues, vosotros perfectos, como*

*vuestro Padre celestial es perfecto, imitándole en cuanto podáis.*

Conforme a la regla de los antiguos Padres y Monjes, quien desee aprovechar es preciso que no tenga en estima al mundo, amar a todos, despreciarse a sí mismo y no preocuparse por verse despreciado.

Con frecuencia afirmaba que la perfección no consiste en lo exterior, como llorar y otros actos semejantes, y que las lágrimas no eran señal de que el hombre estuviese en gracia de Dios; de ahí que no debía sacarse la consecuencia de que aquél que llora cuando trata cosas de Dios es, por ese motivo, hombre de santa vida.

Asimismo, para sacar provecho, son ejercicios muy útiles: evitar los razonamientos y juicios atrevidos de la parte racional del alma, que se lanza siempre a juzgar hasta las obras de Dios, y mucho más las de los hombres; y en sujetar el entendimiento a no creer fácilmente los propios raciocinios, antes al contrario, tenerlos por sospechosos y refrenar su temeridad y sentir que Dios todo lo hace bien, aunque no comprendamos las razones de lo que hace. Por eso conviene acceder con facilidad al parecer de los demás, y pensar como ellos en contra de nuestra opinión, y echarlo todo a buena parte.

Cuenta el P. Gallonio que el santo Padre solía decir *que entre los caminos que conducen luego el alma a la perfección espiritual está la obediencia pronta, el desprecio de sí mismo y el mortificar la* RACIONAL, contradiciéndose a sí mismo, venciendo los propios defectos y subyugando las pasiones, de suerte que el hombre jamás haga aquello que le viene a gusto, sin obediencia.

El cardenal Federico Borromeo citaba este pensamiento del Santo: *Es muy conveniente a las personas espirituales que aspiran al estado de perfección, platicar con quien no se aviene con su carácter, con preferencia a los que piensan como ellos.*

Hablando el Santo de espíritu y de la perfección cerraba los ojos, levantaba la cabeza, y añadía: *«¡Obediencia, humildad, desasimiento!»*

Pues decía que quien desea llegar a la perfección es necesario que no se aficione a cosa alguna de este mundo.

## 6. Por el servicio de Dios y por su gloria no debemos dejarnos llevar de otros afectos

El cardenal Federico Borromeo, referente a su conducta en los Cónclaves, preguntó al Santo: Si por el servicio de Dios y por cumplir su volun-

tad es mejor ser enérgico y valerse de medios eficaces para encaminar a buen término la obra comenzada a pesar de ciertas dificultades, o dejar lo que falta, después de haber empleado una mediana diligencia, a la voluntad y deseo de Dios; a lo que contestó el Santo:

*Debéis continuar con mucho fervor la obra comenzada desasiéndoos de toda consideración humana y de todo interés personal; luego someteos a la voluntad de Dios y suplicadle que no permita hagáis nada que sea contrario a su mayor gloria. No busquéis más que esta gloria de Dios, tened confianza; el que os ha hecho comenzar la obra hará que la acabéis. Para estar seguro, dirigíos al Señor, suplicad el particular auxilio de la Santísima Virgen y de los Santos a quienes tengáis mayor devoción.*

Y ateniéndose a este prudente y santo consejo en la elección de los Papas, jamás Borromeo atendió al parentesco ni a otro fin mundano, sino que con entereza y gran libertad de espíritu hizo siempre aquello que juzgó ser de mayor gloria del Señor y más conforme a su conciencia.

*Imagen de S. Felipe Neri que se venera en el Oratorio de Sevilla, antigua Iglesia de San Alberto.*

*Imagen del altar del oratorio de San Felipe Neri.*
*Antonio Arias, 17. Madrid.*

## CAPÍTULO II

# ORACIÓN, COMUNIÓN. VERDADERA DEVOCIÓN. DE LAS VISIONES

### 7. De la oración y meditación

El hombre, repetía, que no hace oración es como un animal irracional. No hay cosa mejor para el hombre que la oración, y sin ella no es posible sostenerse por mucho tiempo en la vida espiritual. Por eso cada día debe recurrir a este poderosísimo medio de salvación, aconsejado, no obstante, por el confesor.

El enemigo de nuestra salvación, de cosa alguna se enoja tanto, y ninguna procura impedir con mayor empeño, como la oración.

A los principiantes les exhortaba sobre todo a la meditación de los cuatro novísimos, diciéndoles: *Quien no va al infierno vivo, tiene mucho peligro de ir a él después de la muerte.*

No debe una persona, por ideas que se le

presenten en la oración, ni por cualquier tentación, dejar de hacerla, antes al contrario, debe soportar cuanto ocurra con paciencia, pues el Señor concede en un instante lo que no se ha podido alcanzar en muchos años.

Solía decir: *Quien en veinte horas no puede hacer oración, señal es que no tiene espíritu de oración.*

En cosa alguna insistía más el Santo como en la oración, tanto para sí como para los demás.

Y no contento el Santo de ejercitar a los suyos en esta santa práctica de la oración, exhortaba a ella, también, a todos según la calidad y santidad de las personas, procurando que cada noche la hicieran en el oratorio. Introdujo, además, la oración en común en muchas de las casas principales de Roma; así, el padre y la madre de familia se retiraban todas las noches con los demás de la casa en su oratorio para hacer juntos oración, en la forma y modo que se hace en el oratorio de la Congregación.

Al tener oración no se fijen tanto los ojos del cuerpo en la imagen que nunca se aparten de ella: pues es perjudicial a la cabeza y da pie a las ilusiones, ora por la debilidad, ora por obra del demonio; es preciso, eso sí, servirse de la imaginación para ayudar a la memoria, y fijar la mente,

v. gr., el beneficio de la Encarnación de Cristo o su Nacimiento o su Muerte en la Cruz; o si la imagen es de un santo o de una santa conviene servirse de ella para recordar sus virtudes a fin de imitarlos y rogarles que intercedan en favor nuestro delante de Dios.

Para hacer bien la oración debe el alma, ante todo, humillarse profundamente y reconocerse indigna de estar delante de tan alta Majestad, y manifestar a Dios su necesidad y su impotencia, y humillada echarse en Dios, y Dios le enseñará a hacer oración.

La verdadera preparación para la oración es ejercitarse en la *mortificación*; pues querer darse a la oración sin mortificarse es como si un pájaro quiere ensayarse a volar antes de tener plumas.

No se puede llegar a la vida contemplativa si antes uno no se ha ejercitado en la activa con asiduo trabajo.

Instado el Santo por un penitente suyo a que le enseñara a hacer oración, le contestó: *Sé humilde y obediente y te la enseñará el Espíritu Santo.*

El P. Francisco Soto, español, uno de los primeros compañeros del Santo y de éste muy amado, era hombre muy dado a la oración; contaba Soto el modo cómo Felipe le enseñó debía

orar; es a saber: que por la mañana, nada más levantarse, se humillase ante la divina presencia, permaneciendo delante de Dios como cosa de ningún valor, haciendo luego diversos actos de profunda humildad, y así dijese: *Hoy no os fiéis de mí, que si no me sostenéis con vuestra mano os haré traición, y no hay mal en el mundo que no sea yo capaz de hacer si Vos no me guardáis con vuestra gracia. ¡Ah, Señor! Ayudadme, que sin Vos nada puedo,* y otras exclamaciones parecidas. *Ese es el modo cómo el Santo me enseñó a orar, y él así lo practicaba: la humildad era el único preámbulo de su oración. ¡Oh, cuán obligado le estoy!* Y de esta manera había alcanzado de Dios, dicho siervo, el don de oración.

## 8. De la Sagrada Comunión

ADVERTENCIA. — Este capítulo ha quedado en parte desfasado pues está redactado atendiendo a la práctica y mentalidad de la época. Al ponerlo en práctica ténganse en cuenta las normas del decreto *Sacra Tridentina Synodus* acerca de la Comunión diaria que promulgó el Papa Pío X, d. s. m. y las disposiciones posteriores: Hoy más que de la Comunión sola, hablamos de la participación plena en la Eucaristía. Ver pág. 185.

El que va a comulgar debe continuar en el

mismo espíritu que ha tenido en la oración, sin buscar nuevas meditaciones.

Cuando alguien va a recibir en la Sagrada Comunión el cuerpo glorioso de Cristo, en el que se hallan todas las delicias del cielo, debe conservarse en temor y prepararse más de lo acostumbrado para las tentaciones venideras. Pues Dios no quiere que permanezcan ociosas aquellas admirables gracias que distribuye al recibir tan augusto sacramento, ya que más aborrece la gracia el ocio que la naturaleza el vacío: y por esto no deben acercarse a tan tremendo Sacramento los que no se hallan preparados.

Si acaeciese que el confesor insinúa que no comulgue en los días de costumbre, que aplace la Comunión para otros días, y la persona avisada no quiere obedecer, sino que está dispuesta a querer comulgar sintiendo desagrado por lo que se le ha aconsejado, eso no es devoción, sino señal de terquedad, poca mortificación y mucha soberbia, por lo que se hace indignísima de tan gran Sacramento.

Ninguno comulgue sin contar con el confesor, porque comulgar a menudo de propio capricho podría ser causa de tener mayores tentaciones a las que no siempre se resiste.

Quería el Santo que no sólo los sacerdotes,

sino también los seglares frecuentasen este Sacramento, y por esta razón algunos de sus penitentes comulgaban cada ocho días, muchos todas las fiestas, otros tres veces por semana, y algunos, aunque pocos, cada día; muchos de ellos, con esta frecuencia, llegaron a ser hombres de santa vida y de altísima perfección.

No obstante, era su deseo que se frecuentara más la Confesión que la Comunión, por lo que muchísimos de los que no comulgaban a diario, sin embargo se confesaban cada mañana*.

Deseando que las almas se acercaran a la sagrada Mesa muy ansiosas de aquel santo alimento, siempre que alguien le pedía licencia para comulgar le decía: *Sitientes, sitientes, venite ad aquas.*

Me parece que no estará fuera de propósito referir lo que escribió el Santo a una penitente suya acerca del fruto que debe sacarse de la Sagrada Comunión: «Aunque yo no escribo a nadie, no puedo faltar a la que considero como mi hija primogénita, mi carísima señora Flora, la cual deseo florezca y que tras de las flores produzca buen fruto, fruto de humildad, fruto de paciencia, fruto de todas las virtudes, y sea alber-

* Esta práctica ha quedado corregida por Pío X y la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II.

gue y morada del Espíritu Santo: tal suele ser el que comulga con frecuencia. Si así no fuese no la tendría por hija, o sería hija ingrata, de suerte que en el día del juicio yo estaría contra ella. Dios no lo permita; antes bien, eche flores y frutos, como antes he dicho, y arda en vivo fuego, de forma que el pobrecito de vuestro padre se pueda calentar, que se muere de frío. Nada más: a 27 de junio de 1572 = Todo vuestro. = Felipe Neri.».

A los que se acercaban a la Sagrada Comunión les recomendaba que pidiesen al Señor remedio contra aquel vicio a que se sintieran más inclinados.

## 9. Devoción a la Santísima Virgen María

Fue san Felipe tan devoto de la Madre de Dios, que de continuo la tenía en sus labios llamándola *su amor, su consuelo,* alabándola como dispensadora de todas las gracias que por la bondad de Dios son concedidas a los hijos de Adán; era tan tierno su afecto hacia Ella que, a modo de un niño, solía llamarla con aquellas palabras que usan en su infancia: *Mamá mía.* Por eso solía decir que «el siervo de Dios, si quiere con mayor seguridad caminar por entre tantos lazos diseminados por todo lugar, tome por intercesora ante

el divino Hijo a la Virgen María». Enseñaba a los que no tenían tiempo de rezar el Rosario que dijesen, en substitución del Avemaría, esta breve oracioncilla: *Virgen María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí;* y en vez del Padrenuestro esta otra oración: *Virgen y Madre, Madre y Virgen;* porque María ama a los que la llaman Virgen y Madre de Dios, y que pronuncian delante de Ella el nombre bendito de su Hijo Jesús.

Pues —decía el Santo—, con estas palabras se da brevemente «toda la alabanza posible a la Santísima Virgen: primero, porque en ella se llama por su nombre a María, y luego, porque se le dan aquellos dos grandes títulos de Virgen y Madre, y, además, la inefable prerrogativa de Madre de Dios, y, por fin, porque en ella se menciona el fruto benditísimo de sus entrañas, *Jesús, que tiene poder para enternecer el corazón.»*

Estas dos oraciones hacía que sus penitentes las rezasen en forma de rosario, repitiéndolas sesenta y tres veces, ora una, ora la otra oración, con el Padrenuestro, sacando de ello no pequeño fruto para sus almas; y él mismo llevaba siempre en la mano el rosario usando esta devoción, y ella es tan agradable a la Bondad divina, que muchos de los que la pusieron en práctica confesaron haber experimentado notable auxilio en sus tentaciones.

Hubo un lego de la Congregación que se hallaba atormentado con frecuencia de malos pensamientos contra la virginidad de María; al referir lo que le sucedía al Santo, éste le dio por remedio que rezase dicha corona o rosario; obedeciendo el hermano no tardó mucho en verse libre de aquella tentación.

Solía decir el santo Padre que el amor de la Virgen hacia Dios era tan grande, que por el deseo que tenía de unirse a su amado padecía grandemente, por lo que Dios, para consolarla, envió a su divino Hijo. El P. Pedro Consolino afirmaba haber oído esto del Santo.

Finalmente, era tan grande la devoción y ternura que el Santo tenía a la Virgen María, que no sabía saciarse de repetir a todos con frecuencia: *Se devotos, hijos míos, de Nuestra Señora, sed devotos de María.*

Otras veces repetía: *Sabed, hijos, y creedme, pues lo sé, que no hay medio más eficaz para alcanzar las gracias de Dios como la Santísima Virgen.*

## 10. De la devoción y sus caracteres

No es señal de ser devoto la devoción exterior, como tampoco las lágrimas son siempre

signo verdadero de devoción; pues aun las mujeres no buenas si oyen algo de Dios fácilmente lloran, y no por eso son santas.

Acostumbraba a decir que por lo regular era mala señal no sentir algún particular afecto de devoción en las principales fiestas del año.

Una vez orando junto con el Santo el florentino Simón Grazioso y Alejandro Salvio, ambos de los primeros discípulos de Felipe, quedaron muy admirados les pasara como un instante y prontamente aquella hora, afirmando que hubieran perpetuamente continuado en meditar y orar si siempre hubiesen sentido en sus oraciones aquel gozo que entonces experimentaron. Y habiéndolo ellos referido al Santo: *No es,* díjoles, *de maravillar, hijos míos, porque como a niños Dios os ha dado a gustar la leche*. Por eso, cuando alguien refería al Santo haber experimentado devoción y dulzura al orar, le decía: *Eso es leche que da el Señor al que empieza a servirle.*

Una vez escribió el Santo a una monja de Florencia, a propósito de esto, que «la oración y la Comunión no se ha de hacer ni desear por aquel dulce afecto y devoción que en ello encontráis (ya que así os buscaríais a vos misma y no a Dios), sino que se ha de frecuentar la una y la otra para ser humilde, obediente, mansa y pa-

ciente; y cuando en vos halláis estas cosas, entonces recogéis el fruto de la oración y de la Comunión».

## 11. Del modo de pedir gracias a Dios. Gratitud por los beneficios recibidos

No se han de pedir gracias a Dios de un modo absoluto, como la salud, las riquezas, la prosperidad y semejantes, sino con la condición de si place a su Divina Majestad y si para nosotros son convenientes.

Cuando se haya comenzado a pedir una gracia al Señor no desistamos de la oración por el mero hecho de que Dios no la conceda completa en seguida, sino procuremos llegar al fin con el propio medio de la oración, como p. ej., si el enfermo por quien se ruega empieza a mejorar no es justo dejar los ruegos, porque así como dicha salud ha comenzado a obtenerse con las oraciones, así a fuerza de éstas es preciso llevarla a término.

Además, decía el Santo que si una persona espiritual al pedir a Dios una gracia siente grande quietud de espíritu, es buen indicio de que el Señor le ha otorgado la gracia, o bien que se la quiere conceder cuanto antes.

A los que se habían visto librados de alguna

tentación o de cualquier otro trabajo, recomendaba muy mucho la gratitud, pues sabedor era de cuán olvidadizo es el hombre de las gracias de Dios recibidas. Y por esto a uno de sus penitentes que había recibido una señalada gracia mandó que por gratitud rezase cada día el oficio de la Cruz y el del Espíritu Santo durante toda su vida.

Y no sólo quería el Santo que se fuese agradecido a Dios por los beneficios recibidos, sino también que se fuese agradecido a los hombres, y san Felipe lo era mucho. Atestiguó de él el cardenal Jerónimo Pamfilio: «Fue el santo Padre, en su vida, agradecidísimo a todos aquellos de quienes recibía algún servicio, por insignificante que fuese, recompensándolo hasta en las cosas temporales en mucho mayor grado de lo que le daban; y conservaba gratísimo recuerdo de cualquier beneficio que se le hubiese hecho.» Y el abad Maffa dice: «Era Felipe tan agradecido y cortés que no se le podía dar cosa alguna sin que enseguida la recompensase con dádiva que valía el doble. A mí me sucedió que habiéndole rogado que por favor aceptara no recuerdo qué pequeña atención respecto de su persona, luego que la tuvo mandó darme un crucifijo de bronce, esmaltado, muy artístico, que valía muchos es-